

Dos poemas



ALFONSO CHASE

Mira que no atraveses el río.
Pon sobre las aguas la duda de tu pie
y no la fe de tu cerebro.
Eleva el rostro hacia el cielo
para que puedas sentirlo sobre los ojos.

Nada hay ya que no pueda sostenerte.
El agua. El abismo. El cardumen.
Son sólo imágenes desdichadas de algo
que simplemente ocurre por rutina.

No desprecies el milagro. Pon sobre el agua
el peso del cuerpo. La humildad de la levitación
girando entre tu sangre. Salta al vacío:
hacia la oriflama de lo posible husmeando.

Pero percátate de que sobre tus talones
te crezcan alas.

Mudanza

Perder la levedad de la pregunta para ganar
el ascua inmóvil de todas las respuestas.
La piel, como una sierpe, rodeándonos la sangre
y convirtiéndonos en esmalte calcinado.
Abrir las manos para dar paso a todos los espacios,
oscureciendo el fondo en donde los dioses clavetean
la inmensidad de los cielos imantados.

No ceder al halago. Escupir sobre el suelo
la vanidad de ser para buscar la miseria de soñar.
Erguirse como un hilo leve, buscando la nieve de la melodía
que el aire asciende en el crujir de la escritura.

Dejar los huesos escondidos debajo de la lámpara
y a sus dientes luminosos mordiendo la soledad y el éxtasis.

Dejar al espejo herido, al manubrio blando,
la pluma cansada sobre la mesa
y al techo misericorde en la evaporación constante
de todos los lenguajes.

Sí. No. Tal vez. El rocío, vidrio puro,
canta sobre la garganta de la noche. La boca,
infinitamente abierta, escupe el poema.